sus conciertos á los cánticos de los felices habitantes de la selva.

De todos, el que mas gozaba de esta inocente dicha, era Antonio que sabia comprender cuán precioso era el favor que le habia dispensado el cielo proporcionándole el abrigo de esta buena y honrada familia, en el seno de la cual reinaban la union y la justicia, el órden y el amor al trabajo, la piedad verdadera y una dulce é imperturbable serenidad. A medida que adelantaba en edad agradecia mas vivamente á la Providencia que le hubiese abierto un asilo tan respetable. Así, pues, mostrábase siempre muy reconocido y lleno de celo y de atenciones hácia sus padres adoptivos. Cuando al caer la tarde el guardabosque volvia de su correría en la selva, Antonio se apresuraba á ir á su encuentro para desembarazarlo del fusil; y era él, ademas, quien le llevaba sus pantuflas y su capote gris. Si la buena Isabel estaba ocupada en las faenas de la cocina, él iba por sí mismo al bosque á traer el agua de que podria tener necesidad; y en una palabra, empleaba la mas constante solicitud para servirla y prevenir sus menores deseos.

Muy pronto supo hacerse verdaderamente útil á su padre adoptivo. El guardabosque se veia frecuentemente obligado á trazar los planos de los bosques confiados á su vigilancia y cuidados. Antonio coloreaba estos planos y escribia con bellos caracteres el nombre de cada parte del bosque que en ellos se representaba, designando por aumento la especie de árboles ó de plantas que contenia el plano. A poco tiempo, se puso Antonio en estado de levantar él mismo estos planos, y á favor del rápido desarrollo de su inteligencia, supo añadir adornos de tan buen gusto y tan bien ejecutados, que el guardabosque no podia menos de admirarlos. Él dibujaba, por ejemplo, una encina de la cual se veia colgado un escudo que contenia el nombre del bosque, y á su lado se veia un jabalí buscando bellotas. Otras veces la indicacion de los terrenos se encontraba grabada sobre una roca coronada de

abetos, al pié de la cual se veia recostado un ciervo. Alentado con estos sucesos demostró muy pronto una verdadera pasion por el dibujo. Todos sus momentos de ocio los empleaba en diseñar con el lápiz paisajes ó animales, y siempre que le venia á las manos una hoja de papel limpio ó la página de una carta en blanco, trazaba al punto ya un pájaro, ya una flor, ó una rama de árbol. Imposible le era estar un momento sin hacer algo. El guardabosque y su mujer estaban cada dia mas contentos del buen Antonio, á quien querian como si fuese su hijo, y los demas niños, estimulados por el ejemplo de su hermano adoptivo, se hacian mas y mas sumisos y amables para con sus padres.

CAPITULO IV.

EL ARTISTA.

Un dia el guardabosque encargó á Antonio fuese á llevar algunos perdices al castillo de Felsek. Era una casa de recreo del príncipe, y el intendente que habia recibido visitas de la ciudad, deseaba tener aves de caza para ofrecerles una buena mesa. En el camino Antonio se encontró cerca de una cascada que se precipitaba, blanca como la nieve, de lo alto de unas rocas y caia espumante al pié de dos sombríos abetos. No lejos de allí vió asimismo á un estranjero que se ocupaba en dibujar este paisaje pintoresco. Antonio se acercó poco á poco y sin hacer ruido, miró el diseño por encima del hombro del dibujante y no pudo menos de esclamar: "¡Oh! ¡qué bello! ¡esto sí es saber pintar!"

En seguida solicitó y obtuvo el permiso de ver mas de cerca el paisaje que le habia sorprendido tanto. "Me parece, dijo examinándolo, que tengo un espejo en el cual se reflejan en miniatura la cascada, la roca y los árboles. ¡Cómo salta esta agua tan clara y tan trasparente, y qué efecto tan bello hace esta espuma blanquísima entre las guijas negras, y los peñascos cubiertos de este musgo de un verde tan suave! ¡Ah! ¡con qué verdad se reproduce todo! se creeria que va uno á tocarlo. ¡Y estos abetos que se elevan tan majestuosamente! ¡Ah!.... he ahí un ciervo que viene á beber el agua del arroyo: qué actitud tiene tan natural; cómo se mantiene sobre sus delgadas piernas! viéndole se adivina que su carrera debe ser rápida. Los ciervos que yo dibujo tienen el aire de estar estropeados, yo no sé darles la vida que parece animar á éste."

Estos elogios ingenuos del jóven, y mas todavía su entusiasmo por la pintura, hicieron una viva impresion en el ánimo del estranjero, quien dijo á aquel sonriendo: "Por lo que oigo, parece que tú eres tambien un pequeño pintor?

—¡Ah! respondió Antonio, hasta hoy yo me creia no un pequeño sino un grande pintor; pero ahora veo que no sé nada.

—Quisiera de buena gana ver tus dibujos, replicó el artista; yo te haré una visita uno de estos dias y me los mostrarás. ¿Quiénes son tus padres? ¿dónde vives?

—Yo no soy mas que un pobre huérfano, pero M. Grunewald, el guardabosque, me ha adoptado.

—Sin duda eres su pariente, un sobrino tal vez.... ó un primo....

—¡Oh, no, Dios mio! cuando llegué á su casa era enteramente estraño, pero este digno hombre y su mujer me han recogido generosamente y me tratan como si fuese uno de sus hijos.

—Esta accion benéfica los honra mucho; pero ¿cómo ha sucedido esto? Cuéntamelo todo."

Antonio hizo al punto la narracion de su vida entera; el estranjero la escuchó con interes, y cuando el muchacho hubo concluido, dijo: "Este guardabosque y su mujer deben ser muy buenas gentes; salúdalos de mi parte, y prevenles que mañana iré á verlos para darles las gracias en nombre de la humanidad por lo que han hecho contigo."

El estranjero á quien Antonio habia encontrado en el bosque, se llamaba Riedlenger, y era un pintor distinguido que habia llegado hacia varios dias al castillo de Felsek para restaurar muchos cuadros antiguos que el príncipe tenia en grande estima. El artista aprovechó la ocasion para hacer algunas escursiones por las montañas y dibujar algunos de los bellos puntos de vista que eran tan comunes en aquella comarca. El dia siguiente, como lo habia ofrecido, fué á visitar al guardabosque, al cual halló muy de su gusto, ligándose luego estas dos personas con la mas franca y cordial amistad. El pintor quiso ver desde luego los dibujos de su jóven amigo, que la madre no cesaba de elogiar; pero Antonio, tímido y cortado, decia: "Dispensadme, señor, por favor; ya veréis que no valen nada." Insistió M. Riedlenger y Antonio trajo sus trabajos. El artista los examinó con atencion uno por uno y sonriéndose mas de una vez; pero al fin convino en que á pesar de sus muchos defectos eran mejores de lo que él podia esperar; pareciéndole, sobre todo admirables, al saber que el autor no habia recibido nunca las mas ligeras nociones de dibujo.

"En verdad, dijo, este niño tiene disposiciones notables; hay en él el gérmen de un pintor de primer órden. M. Grunewald, confiádmelo que yo lo formaré á mi gusto, y estad seguro de que á los dos nos resultará de ello grande satisfaccion.

—Está dicho, contestó el guardabosque tomando la mano del pintor en muestra de asentimiento; así como así, hace mucho tiempo que me devano los sesos pensando en lo que haré de este muchacho. Va á cumplir catorce años y no tiene

ya nada que aprender en la escuela de Echental: es demasiado compasivo para ser cazador como yo; y no tiene tampoco una constitucion bastante robusta para ser militar; su caracter tiene más de la dulzura de la madre que de la energía del padre; es necesario por lo mismo que tenga alguna profesion. Si creeis, por lo tanto, sacar de él un buen pintor, tomadle en calidad de discípulo; pero antes debo yo saber cuánto pediréis por este aprendizaje.

—¡Cuánto pido! dijo al cabo de un momento el pintor que no habia atendido á la pregunta. Vos me habeis enseñado el primero, con vuestro ejemplo, cómo se debe obrar hácia un pobre huérfano: una buena accion produce casi siempre otras muchas; ellas se enlazan naturalmente. Está, pues, decidido: tan luego como se hayan terminado mis trabajos en el castillo, conduciré á Antonio á la ciudad, y no omitiré ningun cuidado para hacer de él un artista de talento." Antonio saltaba gozoso al oir estas disposiciones.

Sin embargo, cuando algunos dias despues, el carruaje del pintor se detuvo frente á la puerta de la casa del guardabosque para venir por él, se puso á llorar al pensar que iba á alejarse de aquella mansion pacífica y de las amables personas que la habitaban. Su padre adoptivo le consoló diciéndole: "No llores mas, mi querido Antonio, la ciudad no está lejos de aquí, y nosotros iremos á verte con frecuencia; ademas, tú tambien podrás venir fácilmente los domingos y los dias festivos á pasarlos con nosotros. Vos lo permitiréis ¿no es verdad, M. Riedlenger?

—¡Oh! sí, de muy buena gana; y aun si no es molesto, yo tambien vendré algunas veces.

—Sobre todo, dijo la madre, yo te recomiendo, que no dejes de venir todos los años á pasar con nosotros la Pascua de Navidad."

Despues de haber dado y recibido esta promesa, lo abrazaron todos con las lágrimas en los ojos. Antonio manifestó todo su reconocimiento á sus padres adoptivos, quienes le

exhortaron á honrar, como debia, á su nuevo maestro, el cual mostraba por él tan benévolas intenciones. En fin, Antonio partió con el pintor, acompañado de las bendiciones de sus padres y de los tiernos adioses de sus hermanos.

El escelente M. Riedlenger cumplió en todo su palabra. Él encontraba, por otra parte, un verdadero placer en iniciar en los conocimientos del arte á un discípulo que mostraba tan felices disposiciones. Uno y otro hacian frecuentes visitas al guardabosque, y aun sucedia algunas veces, que el maestro de Antonio permaneciese varios dias en la casa de aquel ocupándose en fijar sobre la tela los paisajes admirables que les ofrecia por varios puntos la selva que la circundaba. El pintor hacia muchos elogios de los trabajos y de la aplicacion de Antonio. "Aquí, para entre nosotros, le decia á Grunewald, mi educando aventajará con mucho á su maestro."

Algunos años despues, M. Riedlenger vino á pasar las fiestas de Navidad en la casa del guardabosque acompañado de Antonio, que ya era un jóven de agradable presencia. Despues de la cena el pintor se quedó solo con los padres adoptivos de Antonio, habiéndose retirado los niños á gozar del descanso del lecho. El guardabosque y su mujer comprendieron que M. Riedlenger tenia algo que comunicarles. Al fin él se esplicó en estos términos: "Todo lo que yo pudiera enseñar á Antonio lo sabe ya; ahora es necesario para perfeccionarse que viaje; que vaya á Italia. Sin duda para esto se necesita algun dinero; pero la cosa no vale la pena, y por otra parte será un dinero muy bien empleado; yo os aseguro que con el tiempo lo que hubieseis gastado lo recobraréis con usura.

"Verdad es que los gastos de este viaje son considerables y que esceden á la fortuna de que ambos podemos disponer; pero he aquí lo que he pensado: Antonio está ya en estado de ganar por sí algo; sin embargo, es preciso que se le ayude; porque es necesario que tenga su tiempo libre para estudiar su arte y perfeccionarse. Todo lo que puedo hacer es

contribuir para este objeto, y con muy buena voluntad. Estimulado por el ejemplo de beneficencia que me habeis dado, se me ha puesto en la cabeza el hacer de Antonio un pintor de primer órden, sin que le cueste nada. Las diferentes obras que este interesante jóven ha hecho ya para mí, han sido bien pagadas; he reservado este dinero y lo destino á cubrir los gastos de su viaje; pero la suma no es suficiente para el objeto; ¿estariais, pues, en disposicion de suplir la que falta? Seria muy loable dar cima de este modo á la buena obra que habeis comenzado." Al decir estas últimas palabras el pintor alargó su mano al guardabosque, esperando desde luego que su amigo le daria la suya en señal de asentimiento.

Penetrado hasta lo sumo el buen Grunewald de la buena conducta y de los prodigiosos adelantos de su hijo adoptivo, miró á su mujer, la cual le hizo una señal muda de asentimiento. El guardabosque estrechó entonces la mano del pintor diciéndole: "¡Y bien! si la suma que se necesita no escede de mis facultades, consiento desde luego en ministrarla; pero vos sabeis, que tengo tres hijos mas y que debo pensar en su porvenir." Se hizo el cálculo de lo que el viaje de Antonio podria costar, y se resolvió por unanimidad que aquel se efectuase al principio de la primavera próxima. El dia siguiente Antonio y su maestro se pusieron en camino de regreso á la ciudad.

Durante el invierno, el guardabosque y su mujer hicieron todos los preparativos necesarios para el viaje del jóven artista. El viejo Grunewald compró los efectos que eran precisos á fin de que su hijo adoptivo tuviese un equipaje completo y decente. Él buscó su maleta de viaje y la hizo forrar de nuevo con una piel de gamo. La mujer y las hijas por su parte se pusieron á coser afanosamente para preparar el ajuar del viajero. Al principio de la primavera, Antonio vino otra vez á pasar algunos dias con la familia de su adopcion y durante este tiempo Grunewald le dió largas instrucciones para el viaje y sanos consejos dictados por la moral y por la

prudencia. Él quiso á la vez encargarse de empaquetar los efectos de su querido Antonio. A cada nuevo objeto que la mujer del guardabosque traia para guardar en la maleta, Antonio sentia redoblar su emocion. "¡Ah! ¡de cuántos beneficios me colmais! decia: mis propios padres si viviesen aún, no podrian hacer mas por mí." Se remitió el equipaje del jóven viajero á un pintor distinguido, al cual M. Riedlenger lo habia recomendado, pues que Antonio habia manifestado deseos de hacer todo su camino á pié. Cristian, su hermano de adopcion y su amigo íntimo á la vez, habia tenido cuidado de prepararle una pequeña balija propia para llevar los efectos indispensables y de un uso diario.

Llegó, en fin, el dia prefijado para la marcha; y todos se reunieron en la mesa por última vez; era una escena interesante de familia, en la cual y durante toda la comida, reinó un penoso y comprimido silencio. El padre lo notó, y paseando los ojos en derredor de su pequeño círculo, soltó la voz de esta manera: "Vamos, hijos mios, no esteis tan tristes y taciturnos; y tú, buena madre, enjuga tus lágrimas. Así es como va el mundo y nosotros no podemos cambiarlo: los hijos una vez que llegan á ser grandes deben viajar; y vosotras tambien, hijas mias, vosotras tambien os acercais á la edad en que os veréis obligadas á dejar la casa paternal. Sin embargo, y aun cuando nos separasen las mas altas montañas y los mas profundos valles, nuestros corazones permanecerán siempre unidos. Ademas, por muy triste que sea una separacion sobre la tierra, ella no es mas que momentánea: tarde ó temprano nos volveremos á ver con una alegría inefable y eterna en un mundo mejor."

Este escelente hombre consiguió muy pronto distraer de sus tristes pensamientos á su tierna familia; é hizo traer una botella de buen vino que guardaba hacia muchos años. "La Escritura nos ordena, decia sonriendo, dar vino á los afligidos;" y bebió con su mujer y sus hijos á la salud de Antonio;

á que tuviese un viaje feliz, que lograse el mejor éxito en sus estudios, y por último, á su pronto y dichoso regreso.

"¡Dios vele sobre él!" dijo la mujer del guardabosque, y con las lágrimas en los ojos, todos elevaron sus vasos uniéndose á estos votos benévolos. Antonio vivamente conmovido elevó tambien el suyo; "¡Vuestra dicha es la que yo debo desear!" dijo, y el llanto corria hilo á hilo por sus mejillas. "¡Oh mis queridos padres! ¡cuánto reconocimiento no os debo! ¿Qué habria sido de mí sin vosotros? ¡Oh! ¡jamás podré pagar todo lo que habeis hecho por mí!.... ¡Que Dios os bendiga y me dé los medios de manifestaros todo mi agradecimiento por los beneficios que me habeis hecho!" Estas palabras llenas de efusion y pronunciadas con voz entrecortada por la emocion de que estaba poseido el jóven, causaron un enternecimiento general.

"Sí, mi querido Antonio, dijo el guardabosque; no te lo oculto y tú mismo lo comprendes bastante: hemos hecho mucho por tí; y mirando á mis otros hijos, casi diria que hemos hecho demasiado; pero no, no te lo encarezco; y estoy muy distante de arrepentirme de ello. En efecto; por lo que hace á mi mujer y á mí, no tenemos necesidad de gran cosa; ya nuestros cabellos emblanquecen y siendo poco el tiempo que nos resta de vida, espero, lleno de confianza, que Dios no nos abandonará; pero si algun dia, querido Antonio, si algun dia alguna de tus hermanas ó tal vez tu mismo hermano, esperimentan los trabajos de la pobreza.... ¡ah! entonces acuérdate de lo que hemos hecho contigo; muéstrate reconocido y no los abandones en su desgracia. Dame tu mano, Antonio; dime, ¿no es cierto que no abandonarás nunca á tus hermanos adoptivos?....

—¡Oh padre mio! esclamó Antonio, estrechando la mano del guardabosque é imprimiendo en ella sus labios; yo seria un monstruo de ingratitud si alguna vez pudiera olvidarme de vuestros beneficios. Os lo juro, señor, el recuerdo de tantas bondades no se borrará jamás de mi corazon; no, ¡jamás!

y mi mayor felicidad en este mundo seria el poder seros útil y retribuiros, aunque fuese en parte, el mucho bien que me habeis hecho, á vos, mi digno padre! á vos, tambien, mi escelente madre, lo mismo que á Cristian y á mis muy queridas hermanas.

—Lo creo, hijo mio, lo creo.... Pero el momento de tu partida se aproxima; ya es tiempo de separarnos." Entonces se puso en pié y dijo: "Ponte de rodillas, hijo mio: ¡que yo te dé por última vez mi bendicion paternal." Antonio se arrodilló; el anciano levantó sus ojos al cielo; toda su persona se revistió de un aire venerable y solemne; se habria creido ver en él un patriarca de los antiguos tiempos en el seno de su familia. Él bendijo á Antonio estendiendo sus manos sobre su cabeza, y pronunciando estas palabras: "Que el Señor Todopoderoso te bendiga, te proteja y guíe tus pasos en las sendas del mundo; que te preserve del pecado y de todo mal, y te restituya puro y piadoso á nuestros brazos." La madre y los niños, que con las manos juntas formaban un círculo en derredor del padre y del hijo, respondieron con un tono tierno y religioso: "¡Así sea!"

En seguida el guardabosque levantó á Antonio, y estrechándole en sus brazos le dijo: "Vamos, hijo mio; ¡á Dios! Que Él esté siempre contigo, que su memoria esté de continuo presente á tu pensamiento; y que nunca olvides que su mirada omnipotente te sigue por todas partes. Ten siempre muy en cuenta que los bienes y los goces perecederos de este mundo, no valen el que nosotros carguemos con ellos nuestras conciencias: piensa que nosotros no hemos sido criados por el corto espacio del tiempo que hemos de pasar en la tierra, sino que nos espera toda una eternidad! No debes solamente huir del mal sino que debes evitar toda ocasion de cometerlo. Está en guardia de tí mismo contra el contagio del mal ejemplo, y apártate de la sociedad de esos hombres para quienes la religion y la virtud no son mas que objetos de burla y menosprecio. ¡A Dios otra vez, hijo mio, y que el Señor te defienda!

—¡Oh mi amado Antonio! dijo á su turno la buena Isabel con una emocion profunda; mira una vez mas mis ojos llenos de lágrimas: yo te conjuro por estas lágrimas maternales, que permanezcas fiel á Dios, á la religion y á la virtud; que este llanto de una tierna madre se ofrezca á tu pensamiento cada vez que el pecado quiera tentarte, y que su recuerdo te detenga en los bordes del abismo. Hasta hoy tu conducta no nos ha dado mas que motivos de satisfaccion; obra en el pais lejano, en donde vas á vivir, como si estuvieses todavía á nuestra vista; como si temieses siempre afligirnos. Si por desgracia llegásemos á saber que olvidando nuestros consejos te habias arrojado en los caminos de la perdicion, nos harias sentir un verdadero pesar, envenenarias los últimos dias de nuestra existencia. No olvides nunca nuestras exhortaciones, y que las últimas palabras de la virtuosa madre que perdiste en tu infancia, estén asimismo presentes á todas horas en tu memoria. ¡A Dios, hijo mio, á Dios! ¡Que la bendicion del cielo y de tus padres te acompañe!"

Toda la familia siguió á Antonio hasta la salida del bosque; al fin se dieron allí los últimos adioses. Antonio partió; pero los demas permanecieron largo tiempo inmóbiles siguiéndole con los ojos. Más de una vez volvió él la cabeza levantando su sombrero en el aire; el guardabosque y Cristian le respondian con los mismos signos, en tanto que la madre y las hijas agitaban sus pañuelos blancos, hasta el momento en que una colina ocultó al jóven viajero á las miradas de sus amigos.

CAPITULO V.

—

EL CUADRO.

Tres veces la fiesta de Navidad habia pasado desde la partida de Antonio. En aquel dia el viejo Grunewald volvió temprano del bosque acompañado de su hijo. Helaba con mucha fuerza y el sol poniente lanzaba sus últimos rayos rojizos á traves de las ramas deshojadas de los árboles. Despues de haber arrimado su fusil á la pared, el guardabosque se sentó en su gran sillon delante de la chimenea; atizó y reanimó el fuego, cuya viva claridad esparció en el aposento luces vacilantes que se reflejaron en los vidrios helados de la ventana y los hicieron brillar como diamantes.

En este momento la buena Isabel entró en la pieza y vino á sentarse al lado de su marido.

—¿Ha venido carta de Roma? preguntó Grunewald.

—No; respondió ella tristemente. El anciano movió la cabeza.

—Es estraño, añadió; nunca Antonio ha dejado de escribirnos por este tiempo, y sus cartas tan estensas en pormenores y tan llenas de interes, es lo que me hacia sentir dulces fruiciones en estos dias que me recuerdan la época de su llegada á nuestra casa. ¿Qué puede haberle impedido escribirnos este año? En verdad que esto me causa pena y disgusto.

No bien acababa de exhalar su mal humor en estas palabras el anciano guardabosque, cuando llamaron á la puerta y el cosario de la ciudad vecina entró con los cabellos emblanquecidos por la escarcha; sostenia sobre sus espaldas una gran caja de madera que depositó en medio de la habitacion,

entregando al mismo tiempo al guardabosque una carta que á él venia dirigida.

La caja era baja pero muy ancha, y tan larga que el mensajero habia tenido que inclinarse mucho al pasar por la puerta.

"Esta caja contiene probablemente un espejo, dijo Catarina.

—No sé lo que contiene, respondió el conductor; M. Riedlenger, el pintor, es el que me lo ha entregado de esta manera lo mismo que la carta.

—¡Oh Dios mio! esclamó el guardabosque; ¿venis de parte de M. Riedlenger? ¡Ah! si habrá sucedido alguna desgracia á nuestro pobre Antonio!"

Rompió en seguida la nema de la carta, recorrióla rápidamente á la luz de la llama que despedia el hogar, y despues esclamó de repente: "Regocijaos todos; nuestro querido Antonio nos envia desde Roma el aguinaldo de Navidad; es un cuadro que habia dirigido á M. Riedlenger, rogándole le hiciese poner un marco dorado y que nos lo enviase precisamente la víspera de la fiesta. M. Riedlenger me escribe diciéndome que es verdaderamente una obra maestra. ¡Oh, nuestro Antonio no olvida á sus queridos parientes: ¡cuánto diera por verlo para abrazarlo y colmarlo de caricias!"

El guardabosque ordenó á Catarina trajese un vaso de vino para el honrado mensajero. "Entretanto que se pone la cena, le dijo, esto os recuperará un poco porque hace fuera un frio terrible."

El forastero aceptó el vino, pero rehusó la cena diciendo que tenia parientes en Echental y queria ir á reunirse con ellos en aquella noche para celebrar la fiesta de Navidad. "Como quisiereis," respondió el guardabosque; y despues de haberle recompensado generosamente, le dejó partir.

"Ahora, dijo el padre Grunewald, venid á sentaros todos en derredor mio, y oid una carta de Antonio que voy á leeros." Luisita se apresuró á traer la luz, y el padre leyó en alta voz la carta siguiente:

"Mis muy queridos padres:

"Yo os envio por aguinaldo un cuadro en cuyo trabajo he
" puesto el mayor cuidado á fin de poder complaceros, y que
" podais formar una idea de mis adelantos. Muchos artistas
" lo han examinado y todos me han asegurado que he reali-
" zado felizmente mi intento. Yo deseo que esperimenteis al
" recibirlo una sensacion igual á la que produjo en mí la re-
" presentacion del nacimiento del Niño Jesus, cuando por la
" primera vez entré en vuestra casa. Si es así, vuestro pla-
" cer no será poco ni de breve duracion. ¡Ah! ¡cuán dichoso
" seria si pudiese ir yo mismo y presentaros este cuadro!...

" Vivo en un pais delicioso; actualmente, en el momento
" que os escribo estas líneas, es todavía el fin del otoño, y vos
" os encontraréis probablemente al recibirlas en el corazon del
" invierno: vuestro techo y los árboles que rodean vuestra
" casa campestre, estarán cargados de espesa nieve, en tan-
" to que aquí los naranjos y los limoneros nos ofrecen toda-
" vía sus flores aromáticas y sus frutos dorados. Con todo,
" puedo aseguraros que en medio de estas delicias no ceso
" de recordar con tristeza el hogar rústico y hospitalario en
" que he pasado los momentos mas gratos y apasibles de mi
" vida.

" A vuestras bondades son á las que debo la dicha de haber
" visto el hermoso cielo de Italia y obtener quizá una repu-
" tacion y una fortuna, si llego á adquirir bastante talento
" para procurármelas.

" La vista del retablo de vuestro *Nacimiento* fué lo que hi-
" zo nacer en mí el gusto por la pintura: paréceme haber te-
" nido siempre aquella representacion delante de mis ojos;
" todas las grandes obras del arte que he tenido ocasion de
" admirar aquí, están, sin embargo, muy lejos de hacerme
" esperimentar la emocion y el entusiasmo que sentí á la vis-
" ta de vuestro paisaje interesante. No, nada borra el encan-
" to de los años de nuestra infancia, todo nos parece entonces

" embellecido con el brillo de una luz dorada! ¡Ah, por qué
" pasan estos dias tan pronto!

" A esa misma hora, en el momento que leais esta carta y
" que contempleis mi cuadro, yo me trasporto con el pen-
" samiento en medio de vosotros. Mi corazon, deliciosamente
" conmovido, se representa el dia en que llegué hasta vues-
" tras puertas; transido de frio, muerto casi de hambre; yo
" recuerdo de qué modo la buena mamá Isabel restauró mis
" fuerzas con una abundante cena, confortados ya mis helados
" miembros con el dulce calor de vuestro hogar; recuerdo
" con qué bondad quisisteis recogerme y adoptarme por hi-
" jo vuestro, y con qué gracia inocente Cristian y Catarina
" me hicieron participar de sus aguinaldos.

"¡ Oh padre mio muy amado! yo cubro de besos de grati-
" tud y de respeto vuestra mano venerable y la de mi ma-
" dre adoptiva; estrecho contra mi corazon á mis queridos
" hermanos, y me regocijo de antemano con la certidumbre
" de poderos decir dentro de pocos años, no ya con caracte-
" res escritos á tanta distancia, sino de viva voz y en vuestra
" presencia, cuánto os ama y os venera el que será por toda
" su vida y con la mas profunda ternura vuestro respetuoso
" y reconocido hijo.

ANTONIO.

" Roma, 15 de Noviembre de 1756."

—¡Oh qué bien!.... Hé aquí, amigos mios, lo que se llama una carta bien puesta, dijo el guardabosque enjugando una lágrima. No debemos arrepentirnos, añadió mirando á su mujer, de todo lo que hemos hecho por este buen muchacho: él sobrepuja á todas nuestras esperanzas; y yo no habria creido que hubiese de causarnos tanta satisfaccion. ¡Eh! vamos á cenar que despues abriremos la caja y examinaremos el cuadro.

—¡Oh! no, papá, no; esclamó toda la familia á una sola voz; veámoslo luego; preferimos este placer á la mejor cena.

Luisa fué á traer otra luz en tanto que Cristian, tomando los útiles para el efecto, se puso á hacer saltar la tapa de la caja que encerraba el cuadro.

"¡Oh, qué hermoso es! esclamaron todos al punto que abierta la caja, y quitados los papeles y el lienzo que cubrian la pintura se espuso ésta á las miradas curiosas de la familia. ¡Qué figuras tan encantadoras! ¡qué brillantes colores!...."

El guardabosque puso el cuadro sobre una pequeña mesa arrimada á la pared, y colocó las dos luces á los lados, pudiendo entonces cada uno admirar á su placer la magnífica obra de Antonio.

La buena Isabel, derramaba lágrimas de alegría, y juntando sus manos en muestra de admiracion y devoto entusiasmo, esclamó: "No ciertamente; nada puede haber mas bello; y jamás habria yo pensado que nuestro Antonio hubiese llegado á pintar un cuadro como éste! Paréceme estar realmente ante el establo de Jesus.... ¡Con qué ojos animados y graciosos nos mira este divino Niño, como queriendo atraernos á todos á sí desde su entrada en el mundo! Y la Santa Vírgen que está ahí arrodillada delante de él, ¡con qué ternura y amor le contempla! Ella le sostiene sobre uno de sus brazos, en tanto que la otra mano puesta sobre el corazon parece espresar la felicidad inefable que esperimenta á la vista de este Niño bajado del cielo para la salud del mundo: ved cómo brilla su semblante y cómo parece olvidar la miseria que la rodea! ¡Y San José qué aspecto tiene tan respetable!.... ¿Y estos humildes pastores, en los que respira la rectitud y la sencillez? ¡con qué piedad, con qué recogimiento se inclinan ante el Niño Jesus para ofrecerle el homenaje de su adoracion! Ved tambien arriba esos grupos de ángeles; ¡cómo parecen mecerse ligeramente en los aires sobre sus blancas alas! Y esa aureola de luz que rodea el semblante del Divino recien-nacido? ¡ella parece esparcir en todo lo que le rodea una claridad celestial! Aunque sus rayos parten de un humilde pesebre, su presencia disipa todas las tinieblas y su resplandor

ofusca las claridades del dia. A la vista de tantas perfecciones seria necesario no tener corazon para no regocijarse con el nacimiento del Salvador, y no reunirse á los coros de los ángeles para celebrar la gloria y la bondad del Eterno."

Hasta entonces el guardabosque habia permanecido en un silencio completo, fijos los ojos en el cuadro de su hijo adoptivo; al fin, como quien sale de un profundo éxtasis, soltó la voz, diciendo: "Sí, esposa mia, tienes razon; leyendo esa página de nuestra Historia Santa en que se refiere el nacimiento de Jesucristo, ó cuando se ve este rasgo indeficiente de la Bondad divina tan bien representado, como está en este cuadro, se esperimenta una emocion tan viva como invencible. Yo voy á procurar espresaros algunos de los sentimientos que este pensamiento despierta en mi corazon.

Fijemos desde luego nuestras miradas sobre este divino Niño que está acostado en un pesebre! Olvidemos por algunos instantes su celeste orígen y no veamos mas que su nacimiento temporal. Vedle ahí, pobre y desnudo; en un total desvalimiento: unos lienzos toscos cubren apenas sus delicados miembros que reposan sobre un poco de paja y de heno como el hijo de los padres mas indigentes. Pero ved tambien á su Santa Madre prodigarle los cuidados mas tiernos; y al esposo, al Patriarca custodio de tan precioso depósito que vela cerca de ellos, pronto á protegerlos y á proveer á su subsistencia. Un buen padre, una madre sensible y un tierno Niño, llenos de sumision y recogimiento, ¿no es el espectáculo mas agradable á los hombres en la tierra; un espectáculo que debe regocijar aun á los ángeles del cielo? Dios es quien en su bondad ha creado esta interesante y deliciosa union del padre, de la madre y del hijo. ¡Oh amigos mios! contemplando á esta tierna criatura reclinada en el pesebre, ¿no debeis deciros: Yo tambien en mi primera infancia, yo tambien era débil y sufria sin poder subvenir á mis necesidades; á no ser por el cariño y los cuidados de mis padres yo habria muerto en medio de las privaciones, al mismo punto en que comencé á existir: son ellos, quienes habian preparado todo de antemano para mi venida al mundo: mi madre me envolvió en los lienzos que ella misma habia arreglado con sus manos; todos sus pensamientos, todas sus acciones dia y noche, no tenian mas objeto sino el que no me faltase nada: cuando yo dormia ella velaba cerca de mi cuna, frecuentemente su solicitud maternal la privaba del sueño, en tanto que mi padre trabajaba para subvenir á mi mantenimiento?... ¡Ah! sí: no olvideis nunca estos beneficios y dad gracias á Dios de que os haya dado unos padres honrados. En efecto, Dios mismo es el que ha puesto en el corazon de vuestra madre ese sentimiento inesplicable que se llama amor maternal; y el que inspira á vuestro padre ese afecto tan desinteresado y constante de que os da tantas y tan grandes pruebas. No seais, pues, nunca ingratos con vuestros padres. Un hijo que en cualquiera edad que se halle, perdiese la memoria de todo lo que su madre ha sufrido por él y de todo lo que debe á su padre, seria un sér sin corazon y sin sentimientos, un monstruo de ingratitud!

"Examinemos ahora algunos otros pormenores del cuadro: arrojemos una mirada en los ángeles, que están suspendidos en el aire sobre los personajes, y bajémosla despues sobre los animales que encierra el establo. Aquí es donde vamos á concebir claramente toda la dignidad del hombre y su noble destino. Pero considerad todavía á la Santa Vírgen; ved la inocencia celestial que refleja su hermoso semblante; contemplad asimismo la figura del Patriarca, de ese humilde artesano que descendia tambien de una familia de reyes, ¡con qué piedad, con qué espresion eleva sus miradas al cielo! Ved luego á ese precioso Niño; ¡cuán graciosa es su sonrisa, cómo brillan sus ojos con un fuego divino! Y ahora dirigid vuestros ojos hácia las cabezas groseras y velludas del buey y del asno; ¡qué aire tan insensible! su boca que se adelanta entreabierta parece demostrarnos que todos sus deseos se limitan á buscar un alimento material y que nada hay en ellos mas

elevado, puesto que no tienen ni aun la facultad de sonreir. ¡Oh! ¿quién podria con esta comparacion desconocer la superioridad del hombre y la alta mision que le está destinada? El hombre está mas cerca de los ángeles del cielo que celebran la gloria de Dios, que no de los animales que rumian la yerba de la tierra, porque él es el único sér de la creacion á quien está concedido elevar su pensamiento hasta el Criador. Cualquiera que sea la analogía que existe entre su organizacion y la de los animales, el hombre es de una naturaleza mucho mas perfecta, pertenece á una clase muy superior, es en fin, la obra maestra de las manos de Dios. Él nace débil y doliente; se desarrolla lentamente y á traves de muchos sufrimientos; su vida no tiene mas que un intervalo de fuerza, y se marchita muy pronto como la flor de los campos; muere al fin, y su cuerpo se descompone como el de los animales; pero en él hay una emanacion divina, una alma inmortal que se desprende por la muerte de esta tosca cubierta y va á reunirse á su Criador celestial, obteniendo el lugar segun sus acciones y el modo con que ha cumpido su destino sobre la tierra. El hombre que ha vivido conforme á los preceptos divinos y que muere en la gracia del Señor, cambia esta vida miserable y frágil por una eternidad dichosa, y entra en la sociedad de estos ángeles que veis aquí tan bien representados en derredor de la cuna de Jesus.

"No sin intencion el pintor ha puesto tambien un cordero y un canastillo lleno de frutas, como una ofrenda que se presenta al recien-nacido. El cordero es el emblema de la inocencia; las frutas son los dones de la tierra: estos objetos parecen decirnos que el hombre debe hacer un buen uso de los bienes de la vida y conservar su pureza en este mundo.

"El sitio mismo, en el cual vemos á este Niño y á sus padres, el pobre establo y el miserable pesebre tienen tambien una alta significacion. No es necesario que el hombre habite en los palacios para llenar su destino; en la mas humilde cabaña se puede vivir dichoso y morir en paz. La verdadera

dicha, el verdadero mérito no consiste en el fausto y en la grandeza, ni en las ricas telas, ni en los muebles bruñidos y brillantes trenes; el Hijo de Dios ha nacido en un miserable albergue para mostrar al hombre que cuando se trata de los preciosos intereses de nuestra salvacion, no hace distincion alguna entre los hombres. Al ver á los personajes mas santos, mas augustos y respetables que ha habido jamás en la tierra, abrigarse en un humilde establo, comprendemos que Jesucristo al nacer en medio de la mas absoluta pobreza, ha querido levantar por medio de su ejemplo un estado tan abyecto á los ojos de los hombres.

"Lo que os he dicho hasta aquí, hijos mios, es ciertamente muy consolador para nosotros y debe inspirarnos un gran regocijo: sin embargo, no es esto sino lo que hay de humanamente bello en esta historia. Remontémonos ahora á un órden de ideas mas elevado, pensemos en el orígen celestial y en la sublime mision de este Niño divino. Jesus, el Hijo del Todopoderoso, igual á su Padre, Eterno é infinitamente dichoso, se ha dignado hacerse hombre y venir al mundo para salvar al género humano, que perdiendo su pureza y su dignidad primitivas, habia caido en el pecado y en la desgracia. Ha querido reconciliar á la criatura culpable con su Criador Supremo: ha nacido en la miseria y vivido en la pobreza; no teniendo ni donde reclinar la cabeza, y ha muerto en una cruz como un vil criminal: sin embargo, sin riquezas, sin ejércitos, sin ningun poder humano, Él llegó á cambiar la faz del mundo por su sabiduría divina, por su amor y por su omnipotencia: su Evangelio ha esclarecido, ha ennoblecido y salvado al género humano probando de este modo su celestial orígen. Tales son los saludables pensamientos que nos sugieren el exámen de este cuadro y la lectura de la Historia Santa que lo ha inspirado.

Examinemos todavía esta escena divina. La obscuridad reina en el establo: el grupo principal está únicamente iluminado por la claridad que despide el mismo niño Jesus. ¿No son estas

tinieblas la imágen de la deplorable ignorancia del paganismo que cuando el nacimiento de nuestro Salvador cubrian toda la superficie del mundo? Pero en Jesucristo apareció una luz que alumbró todas las inteligencias. Los hombres estaban hundidos en el pecado; los mas deformes vicios levantaban por todas partes sus horribles cabezas; algunos se habian degradado todavía mas por su impiedad ó por un culto absurdo é infame. Jesus apareció para ilustrarlos y corregirlos, para hacer de aquellos que creyesen verdaderamente en Él, hombres justos y piadosos, ángeles bajo una forma humana. Antes de su venida al mundo los hombres eran tan miserables y viciosos como ignorantes. Así, pues, notad cómo brilla la mas pura felicidad en los semblantes de todos los que rodean su pesebre. El aspecto del Salvador acabado de nacer, María, José, los pastores y los magos, se sienten elevados sobre todas las miserias de la vida humana. El que iba á libertar á los hombres del triple yugo de la ignorancia, del pecado y de la muerte eterna; el que traía al mundo la luz, un verdadero gozo y la paz del cielo, debia naturalmente esparcir la alegría desde el momento de su nacimiento. He ahí por qué aun resuenan en todas partes las palabras de los ángeles: *Yo os anuncio una dichosa nueva; y es que os ha nacido un Salvador que es el Cristo, el Señor!*

"El acceso á Él está libre á todos los hombres indistintamente, y por lo mismo á unos pobres campesinos, á unos simples pastores fué á quienes primero quiso descubrirse; su madre tambien es pobre; su padre putativo es asimismo un modesto artesano que gana su pan por medio de penosos trabajos. Desde la aparicion del Salvador, el pesebre en el cual quiso nacer, manifiesta que la riqueza, las gerarquías y las distinciones humanas, no tienen valor ninguno á sus ojos. Él no quiere sino hombres cuya voluntad sea pura como María su Santa Madre, como José el del corazon justo, como los pastores, esos hombres sencillos, llenos de rectitud y de temor del Señor. No rechaza, sin embargo, al mas grande pecador

con tal de que se arrepienta de sus faltas y prometa sinceramente la enmienda. Esto es lo que nos esplica el nombre de Jesus que quiere decir libertador. He quí por qué el Angel dijo á María de parte de Dios: *Le pondrás por nombre Jesus;* y porque el mismo Angel renovó este mandato á José: *Es Jesus, es decir, el libertador como debes llamarle, porque Él librará á su pueblo del pecado.* El género humano, á pesar de su corrupcion, debia llegar á ser su pueblo, el pueblo elegido de Dios. Así en este cuadro se nos representa el cielo abierto encima del pesebre, para demostrarnos que la santa mision de Jesus era abrirnos las puertas del cielo, fundar en la tierra el reino de los cielos y hacerse de este modo el mediador entre el cielo irritado y la tierra culpable. De ahí los cánticos de alegría que entonan los ángeles; ellos celebran la gloria del Altísimo y felicitan á los hombres por la salvacion que les ha sido asegurada por medio del Cristo.

"Todo lo que nos anuncia el nacimiento de un Dios hecho hombre se ha cumplido en Jesus. A pesar de los obstáculos que le opusieron los paganos, los judíos, los incrédulos y la obcecacion é ignorancia de todos los hombres, Él estableció sobre la tierra el reino de los cielos y su obra subsiste aún y subsistirá hasta el fin de los siglos. Cuántos imperios fundados por conquistadores famosos se han desplomado y desaparecido en el espacio de mil ochocientos años!.... El único reino, el reino espiritual de Jesus, el cristianismo, ha permanecido inmutable, se ha estendido mas y mas, y se ha sostenido hasta nuestros dias en medio de todos estos cambios y sacudimientos. Naciones enteras se han sometido á su fé; monarcas poderosos han tenido á honor, adornar con su cruz sus régias coronas. En otro tiempo un culto absurdo é impío defraudaba al verdadero Dios la gloria que le era á Él solo debida: divinidades mentirosas recibian el incienso de los hombres y las mas viles pasiones tenian tambien sus altares. La antorcha del cristianismo vino, pues, á disipar todos estos errores, á destruir estas impiedades y estas ridículas preo-

cupaciones. La esclavitud, los sacrificios humanos y las demas abominaciones del culto pagano, quedaron abolidos, y una multitud de templos se elevaron al verdadero Dios, enseñándose en ellos las sublimes y consoladoras verdades de la moral evangélica. La ignorancia quedó desterrada de las familias por el establecimiento de innumerables escuelas; socorridos los débiles, los necesitados y los enfermos por el establecimiento de los hospitales y de las casas de asilo y de caridad; tales fueron los primeros efectos de la religion cristiana. ¡Cuántos niños, cuántos pobres y enfermos hubieran perecido en la ignorancia, el crímen y la miseria, sin estas caritativas instituciones establecidas en todos los paises cristianos por el bien de la humanidad! Millones de hombres han encontrado en la fé, en Jesucristo, el perdon que merecia su arrepentimiento, y fortificados por la gracia, han entrado de nuevo en el sendero de la virtud. Todavía en nuestros dias y á pesar de los progresos deplorables de la impiedad y de la corrupcion, innumerables corazones palpitan animados por los sentimientos religiosos que les dan la fuerza de resistir á las penas de la vida y el mas inefable consuelo á la hora de la muerte: todavía en nuestros dias el cristianismo predicado á los pueblos bárbaros cambia sus costumbres, dulcifica sus sentimientos y corrige sus perversas inclinaciones.

"El dia del nacimiento de Jesus, es, pues, el mas memorable en el transcurso de los tiempos; y con razon nuestros sabios antepasados lo fijaron como el principio de una nueva era para el mundo. Cada milésimo que se renueva, debe recordarnos que el nacimiento de Jesus, es asimismo el aniversario del nacimiento de la gracia, de la luz y de la salvacion para todos los mortales que quieren abrirle su corazon; el dia, en fin, en que han comenzado la verdadera dicha y la perfeccion del género humano.

"Así, pues, hijos mios, unamos nuestros votos al coro de los ángeles para presentar esta noche y durante la solemnidad de mañana, los homenajes debidos á nuestro Salvador."

De este modo habló el buen guardabosque, y su mujer vivamente conmovida, añadió: "Sí, hijos mios, regocijémonos y celebremos la gloria del Señor. Este cuadro que Antonio nos ha enviado, es el mas bello presente de Navidad que ha podido hacernos; y las piadosas reflexiones que ha inspirado á vuestro padre, así como el recogimiento con que las habeis escuchado, son la mas digna manera de solemnizar esta noche santa. Recibamos con reconocimiento la salvacion que Dios nos ha preparado por Jesucristo, y que el dia del nacimiento del Redentor, venga á ser tambien el de la paz, el de la gracia y de la dicha del mundo."

CAPITULO VI.

LA DESGRACIA.

Muchos años habian corrido desde la partida de Antonio para Italia; el escelente guardabosque y su familia habian vivido dichosos y tranquilos. Sus hijos habian crecido; Cristian habia llegado á ser fuerte y vigoroso; y las dos niñas, Luisa y Catarina, eran ya unas jóvenes llenas de gracias y de frescura. La satisfaccion que daba al honrado padre de familia la conducta pura é irreprochable de todos sus hijos, era para él la justa recompensa de los cuidados que habia tenido en su educacion. Pero poco á poco el buen padre sentia disminuirse sus fuerzas, y que la vejez le advertia que era ya tiempo de que su hijo le sustituyese en sus fatigosas funciones. El príncipe reinante venia regularmente cada año á pasar algunos dias en su castillo de Felseck, donde se entregaba á